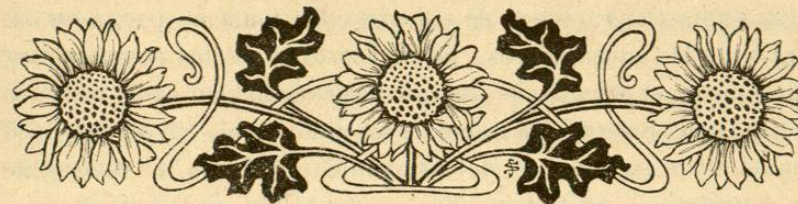


yo he de volver á la mía hasta haber molido á palos á D. Quijote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su^a juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos. »

5 En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo, donde fué ventura hallar^b un algebrista con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la^c historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con D. Quijote.

a. ...cobre el Juizio. TON. = b. ...hallar á un. BR.S. — ...hallar á un. TON.
c. ...y lo historia. C.4.

6. ...donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sansón desgraciado. — Los algebristas, predecesores de nuestros osados curanderos, hacían de médicos en muchos pueblos. Poco más que á los *maestros* barberos se les alcanzaba á los algebristas en osteología; pero al fin tenían un título para manipular en las costillas rotas ó molidas á palos.



CAPÍTULO XVI

De lo que sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha

5 CON la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía D. Quijote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria^a ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo. Daba por acabadas y á felice^b fin conducidas cuantas aven-

a. ...victoria. GASP., MAI., FK. = b. ...à feliz fin. TON.

Si el encabezamiento que precede á cada capítulo debiese caminar cosido y apegado á la letra del gran libro convirtiéndose en una simple paráfrasis, bastaría decir que, vencido el bachiller (de entendimiento tupido, socarrona cordura y lleno de envidia, á juicio de los que en todo quieren parecer singulares), topó nuestro caballero con D. Diego de Miranda, quien, por el traje y apostura, dió á entender ser hombre de buenas prendas; visto lo cual, tras corteses razones, D. Quijote dijo á su interlocutor ser de los que á sus aventuras van, añadiendo que se habían impreso ya más de *treinta mil* volúmenes contando sus prodigiosas hazañas. Suspenso y maravillado el de *el Verde Gabán*, hablóle de su persona, del género de vida que llevaba y de la pesadumbre que tenía porque su hijo, mozo de diez y ocho años, malgastaba el tiempo en minucias gramaticales y en dar satisfacción (si así puede decirse) á triquiñuelas de escuela.

Ahora bien: si se redujese á tan estrechas proporciones el marco de estos preámbulos, tal comentario parecería un libro para las escuelas de primera enseñanza. No: el discretísimo D. Diego de Miranda y su familia, como se verá después, merecen particular atención á los ojos de la crítica. Son las únicas personas que, llevadas de la hidalguía del alma, atendieron y regalaron á D. Quijote: ni al dueño de la casa, ni á su esposa, ni á su hijo, ni á sus servidores, se les ocurrió (como á los duques ó á D. Antonio Moreno) holgarse y solazarse, aunque fuese honestamente, con las locuras del sublime demente.

turas pudiesen^a sucederle de allí adelante; tenía en poco á los encantos y á los encantadores; no se acordaba de los innumerables^b palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses^c; finalmente, decía entre sí que, si él hallara arte, modo ó manera cómo desencantar á su señora Dulcinea, no invidiara^d á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos.

10 En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: «—¿No es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos

a. ...aventuras pudiese sucederle. BOW.
= b. ...los innumerables palos. TON.,
A.,^{1,2} ARR., CL., RIV., GASP., ARG.,^{1,2}
MAL., BENJ., FK. = c. ...los gallegos:

finalmente. MAL. = d. ...no invidiara á
la. TON., BOW., A.,² ARR., CL., RIV.,
GASP., MAL., FK. — ...no invidiara á
la. ARG.,^{1,2} BENJ.

Basta haber leído una sola vez estos capítulos para persuadirse de que quien venía caballero sobre una hermosa yegua tordilla, vistiendo un gabán de paño fino verde con una montera del mismo terciopelo, no podría competir, ciertamente, en alteza de pensamientos, en generosos arranques de voluntad, con *el Caballero de la Triste Figura*; pero siempre será cierto que, aun dudando y vacilando de la mentalidad de su huésped, la nobleza de sentimientos le llevó á tratarle con la más exquisita delicadeza, con la cordialidad más sincera. Y es que D. Diego de Miranda, yendo en esto, como nosotros, de lo ridículo á lo sublime, substituyó á la risa del vulgo el respeto, ya que no la admiración, á caso tan nuevo como el que se le presentaba.

Línea 3 (pág. 245). *Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho.* — Como prenda de imparcialidad y de que nunca los prejuicios hallaron cabida en nuestra pluma, creemos honrarnos citando á continuación el comentario que pone Clemencin á la palabra *ufanidad*:

«*Ufano* equivale á *engreído*: es más que *contento* y menos que *arrogante*; pero se toma siempre en mala parte. De *ufano* hubieron de formarse los nombres de *ufanía* y *ufanidad*: de la primera usaron las *Partidas* (1), la *Crónica general* en la relación del arco de Sevilla, el Infante D. Juan Manuel en su *Conde Lucanor*, Fr. Luis de Granada en el *Símbolo de la Fe* (2), y Jorge de Montemayor en el libro 4.º de su *Diana*. La voz *ufanidad* se encuentra en los consejos que daba Patronio al Conde Lucanor (3). De *ufano* se derivó también el verbo *ufanarse*, de que usó ya Cervantes en el capítulo 14 de esta segunda parte, cuando el Caballero de los Espejos decía que de lo que más se preciaba y *ufanaba* era de haber vencido á D. Quijote. Fr. Luis de Granada y otros usaron también de este verbo. En nuestro uso actual sólo ha quedado la matriz *ufano*, y todos sus hijos han perecido.» (T. IV, pág. 270.)

(1) «Partida 1, tít. 4, ley 24.»

(2) «Pte. 2, cap. 16, § 2.»

(3) «Conde Lucanor, cap. 4.»

las desaforadas narices, y mayores de marca, de mi compadre Tomé Cecial?

—¿Y crees tú, Sancho, por ventura^a, que el Caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial, tu compadre?

—No sé qué me diga á eso, — respondió Sancho: — sólo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer y^b hijos no me las podría dar otro que él mismo^c; y la cara, quitadas las narices, era la misma^d de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de^e mi misma^f casa; y el tono de la^g habla era todo uno.

—Estemos á razón, Sancho, — replicó D. Quijote. — Ven^h acá: ¿en qué consideración puede haber que el bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, á pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival, ó hace él profesión de las armas, para tener envidiaⁱ á la fama que yo por ellas he ganado?

—Pues ¿qué diremos, señor, — respondió Sancho, — á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se^j fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial, mi compadre? Y si ello es encantamento^k, como vuesa^l merced ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos á quien se parecieran?

a. ...ventura, dixo Don Quijote, que.
TON. = b. ...mujer é hijos. GASP., MAL.,
FK. = c. ...mismo. BOW. — ...mismo.
A.,² CL., RIV., GASP., MAL., FK. =
d. ...mesma. ARR. = e. ...medio en mi.
ARG., BENJ. = f. ...mi casa. TON. =

g. ...tono del habla. MAL. = h. ...ven á
acá. A., PELL. = i. ...tenir envidia á.
TON. — ...tener envidia á. GASP., MAL.,
FK. = j. ...que fuere. TON. = k. ...en-
cantamiento. TON. = l. ...vuestra. BR.,
TON., BOW. — ...vuestra. MAL.

10. ...pared en medio de mi misma casa. — «Pared por medio» decimos ordinariamente para significar que uno es vecino de otro.

21. Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos á quien se parecieran? — «Debe de estar estropeada esta pregunta de Sancho, porque no tiene conexión ninguna con ella la respuesta que le da D. Quijote. La semejanza del caballero vencido y su escudero con otras cualesquier personas desconocidas de D. Quijote y Sancho, no le hubieran salvado la vida al de los Espejos, que es el intento que se supone en los *malignos magos que persiguen* al de la Triste Figura.» (T. IV, pág. 271.)

Como tantas otras veces en que D. J. Calderón está al quite, mejor dicho, en que sale al paso á Clemencin, escribe:

«Podríamos sospechar que el comentador ó no entiende la pregunta de Sancho ó la respuesta de D. Quijote, puesto que no ve que ésta satisface com-

— Todo es artificio y traza, — respondió D. Quijote, — de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo había de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, 5 por que la amistad que le tengo se pusiese entre^a los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón, y desta manera quedase con vida el que con embelecocos y falsías procuraba quitarme la mía. Para prueba de lo cual, ya sabes, ¡oh Sancho!, por experiencia (que no te dejará mentir ni engañar), cuán 10 fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso; pues no há dos días que viste^b por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y^c yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora, con cataratas^d en los 15 ojos y con mal olor en la boca; y más^e que, el perverso encantador

a. ...pusiese ante los. ARG._{1,2}, BENJ. = è yo. BR.₄ = d. ...con lagañas en. ARG._{1,2}, BENJ. = e. ...boca; así que. ARG._{1,2}, BENJ.

pletamente á aquella. Sancho se muestra renitente en creer eso de encantamiento en el caso presente, pues le parece que el caballero vencido es realmente el bachiller Sansón Carrasco, y el escudero su mismo vecino Tomé Cecial. Es una de sus razones la perfecta semejanza de aquellos dos personajes, que acababan de ver, con Carrasco y Cecial; pero después, dando por supuesto el encantamiento y que sea posible que los encantadores den á sus personajes una perfecta semejanza con quien quieran, se le ofrece otra dificultad. ¿Por qué han escogido los encantadores al bachiller Sansón y á Tomé Cecial más bien que á otras cualesquiera dos personas? Á él no le ocurre ahora la razón que los encantadores puedan haber tenido para obrar así, y la pregunta á su amo con la debida claridad. Si D. Quijote ha de satisfacerle de algún modo, ¿qué ha de hacer? Darle alguna razón, buena ó mala, de esta preferencia; decirle por qué han preferido los encantadores el transformar sus dos protegidos personajes en Sansón Carrasco y Tomé Cecial más bien que en cualesquiera otras dos personas. Así lo hace D. Quijote en su respuesta, como en ella se puede ver cual queda referida, que nó repetimos ni comentamos por ser demasiado clara y satisfactoria; que es cuanta conexión puede tener con la pregunta del escudero. » (*Cervantes vindicado*, pág. 146 y 147.)

5. ...por que la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo. — Lleno siempre de escrúpulos monjiles, Clemencín pone un reparo (que no lo es): « No era este el paraje donde habia de colocarse la amistad para estorbar la muerte del vencido caballero, sino entre los filos de su espada y su cuello. »

¿Por qué no dejar las cosas como el autor las puso?

14. ...una zafia labradora, con cataratas en los ojos. — ¡Cataratas en los ojos! Parece duro el pleonasma. Y, después de todo, hemos de preguntar: ¿Cata-

que se atrevió á hacer una transformación^a tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu compadre por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero, con todo esto, me consuelo, porque en fin, en cualquiera^b figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. 5

— Dios sabe la verdad de todo », respondió Sancho. Y^c, como él sabía que la transformación^d de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacían las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. 10

En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre, que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado^e 15 y^f verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguies eran de la labor del tahalí; las es-

a. ...una transformacion tan. A.₂, ARR., CL., RIV., GASP. = b. ...en aqualquiera figura. C.₁, BR.₄ = c. ...Sancho, que como. ARG._{1,2}, BENJ. = d. ...la transformacion de. A.₂, ARR., CL., RIV., GASP. = e. ...de leonado y verde. ARG._{1,2}, BENJ. = f. ...morado o verde. V.₂, — ...morado e verde. BAR.

ratas? Ciertamente no las tenia aquella labradora á quien Sancho convirtió en Dulcinea del Toboso.

6. — Dios sabe la verdad de todo », respondió Sancho. Y, como él sabía que. — ¿Púsose la y para evitar la ingrata repetición del malhadado que? Mirado el caso escrupulosamente y en harmonía con la puntuación ordinaria, así debiera suponerse; mas, puntuándolo como se ha hecho aquí, no hay fundamento para sospecharlo.

14. ...el aderezo de la yegua era... asimismo de morado y verde. — ¿Diria, en el original, leonado? Buscando el acuerdo con lo consignado anteriormente, parece que morado disuena en este pasaje.

16. ...traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahali de verde y oro, y los borceguies eran de la labor del tahali. —

« Hele, hele, por do viene — el moro por la calzada, Borceguies marroquies — espuela de oro calzada. »

Así leemos en un romance muy sabido. Los amigos de la indumentaria pueden tomar nota de entrambas citas, y añadir la del cap. 37 de la primera parte cuando, hablando del traje con que se presentó *el Cautivo*, se dice: « ...traía unos borceguies datilados y un alfanje morisco puesto en un tahali que le atravesaba el pecho. »

púelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fueran ^a de oro puro ^b.

5 Cuando llegó á ellos el caminante, los saludó cortésmente, y, picando á la yegua, se pasaba de largo; pero D. Quijote le dijo: «— Señor galán: si es que vuesa ^c merced lleva el camino que nosotros y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nós fuésemos juntos.

10 — En verdad, — respondió el de la yegua, — que no me pasara tan de largo si no fuera por temor ^d que con la compañía de mi yegua no se alboratara ese caballo.

15 — Bien puede, señor, — respondió á esta sazón Sancho, — bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo: jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna; y, una vez ^e que se desmandó á hacerla, la ^f lastamos mi señor y yo con las setenas. Digo otra vez que puede vuesa ^g merced detenerse si quisiere ^h; que, aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. »

20 Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de D. Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho, como maleta, en el arzón delantero de la albarda del rucio; y, si mucho miraba el de lo Verde á D. Quijote, mucho más miraba D. Quijote al de lo Verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad

^a ...fi fuera de. C. 4, V. 3, BR. 4, BAR., BOW. — ^b ...de puro oro. Cuando. BENJ. — ^c ...vuestra merced. BOW. — ...vuestra merced. MAI. — ^d ...por temer que. ARR.

— ^e ...una que. V. 3, BAR. — ^f ...lo lastamos. ARG. 3, FK. — ^g ...vuestra Merced. BR. 5, TON., BOW. — ...vuestra merced. MAI. — ^h ...fi quiere que. V. 3, BAR.

15. ...y, una vez que se desmandó á hacerla (una vileza), la lastamos mi señor y yo con las setenas. — «Purgar y padecer la culpa y delito de otro»: tal es la significación figurada que ha de darse en el presente caso al verbo *lastar*, del que no hay otro ejemplo en toda la obra.

Sobre pagar con las setenas, se explicó ya, con gran copia de ejemplos, en la nota al t. I, pág. 101.

21. ...y, si mucho miraba el de lo Verde á D. Quijote, mucho más miraba D. Quijote al de lo Verde. — No cabe en nuestro propósito recorrer el largo camino que siguió el Dr. Thebussem en su disertación sobre la preferencia de nuestro ingenioso autor al color verde. Con todo eso, hase de consignar el hecho, ya que en la producción cervántica todo es digno de particular atención.

Á las numerosas veces en que Cervantes habla de la hierba verde, prescindiendo de otros epítetos que pudo usar (como los de *frondosa*, *amena*, *suave*, *fresca*, *mullida* y *lozana*), han de añadirse esotras en las que diríase concentra todas sus simpatías por este color en el personaje más grave de su deleitosa

mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas y el rostro aguileno; la vista, entre alegre y grave; finalmente, en el traje y apostura ^a daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó

^a ...y postura daua. BAR.

obra, en la figura más hidalga, noble y digna: en la de aquel caballero que en el traje y apostura mostraba ser hombre de excelentes prendas, en D. Diego de Miranda, á quien llama el del Verde Gabán, y dice «que venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahali de verde y oro, y los borceguies eran de la labor del tahali; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fueran de oro puro».

«Yo no conozco ni á fondo ni á superficie la literatura española. Ignoro, por consiguiente, si los escritores contemporáneos de Cervantes *verdeaban* sus obras del modo que lo hacia el autor del *Quijote*. Entre los libros que de épocas anteriores ó posteriores he tenido á la mano, uno ha sido el *Gil Blas de Santillana*, que, como Vm. sabe, apenas se fija en los colores de las vestimentas. El vanidoso *D. Diego Duque de Estrada*, á pesar de su prolijidad en la descripción de trajes y de su elegancia en el vestir, nunca, si no me equivoco, se cubrió de verde. Ni en *Barrantes Maldonado*, ni en las *Reinas Católicas*, encuentro libreas ó ropillas de color de esmeralda. La crónica de *Miguel Lucas de Iranzo* dice sólo (en medio de tanta reseña de lujosos arreos) que cierta escuadra de máscaras vestía de paño fino MUY MUCHO MENOS QUE VERDE. Parece que apunta con miedo el color, á semejanza de aquel gallego que, creyendo pagar menos portazgo, contestó, cuando le preguntaron su nombre, que *apenas se llama Pedru*. En los libros que señalo y en algunos otros, he notado muchas ropillas, jubones, gregüescos, mantos, calzas y tabardos, blancos, amarillos, noguerados, purpúreos, carmesies, azules, negros, etc. El verde siempre en carencia absoluta ó en notable poquedad.

Sea de esto lo que quiera, tengo por casi seguro que, á pesar de ser el verde color propio de gente culta y civilizada (pues el rojo y el amarillo son los que más cautivan á los salvajes y al vulgo), su uso se halla en relativa escasez, comparado con cada uno de los restantes que produce el espectro solar.

En las armerías es raro el campo verde; apenas se hallará en el blasón de alguna casa reinante de Europa.

La Iglesia católica, exceptuando los sombreros de los obispos y las borlas de algunas dignidades, ha sido poco partidaria del verde: sólo tres ó cuatro veces al año puede vestir de dicho color.

«Cervantes, ha dicho Vm. (*Datos nuevos para ilustrar el «Quijote»*), se inspiraba en el sublime espectáculo de la naturaleza... dibujaba como Rafael y pintaba como Velázquez...» ¿Podría agregarse que gustaba más del campo que del palacio? ¿Será absurdo estampar que su pluma corria más gustosa, y que su imaginación le llevaba, sin él sentirlo quizá, á describir con fruición valles, montes, prados y campiñas de esmeralda, más bien que alcázares revesti-

de D. Quijote de la Mancha el de lo Verde, fué que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás: admiróle la longura^a de su caballo^b, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura
5 y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra.

Notó bien D. Quijote la atención con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspensión su deseo; y, como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino diciéndole: « — Esta figura que vuesa^c merced
10 en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravi-

a. ...lungura. BR.₅. = b. ...cabello. ARG.₁, BENJ. = c. ...vuestra. MAI.

dos con púrpura ó con mármol? ¿Es dislate suponer que el padre de D. Quijote colocó en más ocasiones las escenas y aventuras descritas en sus libros, debajo de la bóveda formada por Dios que debajo del techo construido por los albañiles? Si el cautivo de Argel estudiaba un día y otro día, una vez y otra vez la obra del Creador, ¿qué tiene de raro que llegase á adorar y á empaparse en la esplendente luz del sol, y en el dulce, armónico y variadísimo color con que la tierra se cubre y se engalana?

He leído, no sé dónde ni cuándo, que un célebre pintor contemporáneo, creo que francés, decía en tono de amarga queja:

¡Dios mío! ¿por qué pusiste tanto verde en tu paleta?

Figúrome que Cervantes exclamaría muchas veces en tono de elogio:

¡Gran Dios! ¡Cuán bello, hermoso y apacible es el verde con que has revestido á la tierra!»

9. « — Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan. — Antes que fuese preguntado por D. Diego de Miranda, le salió al camino diciéndole las palabras que encabezan esta nota hasta las de ...soy D. Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado «el Caballero de la Triste Figura».

«Relación por todo extremo bella en el concepto médico-psicológico; donde están expuestos, con fidelidad y concisión admirables, el sintoma primordial de la monomanía, la pasión exaltante peculiar de ella y los fenómenos psíquicos que son sus consecuencias inmediatas; á saber, el sentimiento exagerado de superioridad personal, la alabanza propia y vana jaectancia por hechos, verdaderos únos, quiméricos otros ó puramente fantásticos, como los que á menudo se atribuyen y publican los locos con desembarazo, firmeza y alarde que parecen poner remate y coronamiento á su delirio; siendo, en realidad de verdad, enormes mentiras frenopáticas, ni más ni menos que las desafortadas que en su breve discurso encajó el Manchego. Con todo esto, si va á decir lo que la experiencia enseña, falta de toda suspicacia, y, por el contrario, espontaneidad absoluta, una y otra, cuales las de D. Quijote en el primer momento de su trato con una persona á quien no conoce ni ha visto de antes, aunque no esencialmente impropias del estado monomaniaco, son raras ó muy poco comunes.» (PI Y MOLIST. *Primores del «Don Quijote»*, pág. 352.)

llado; pero dejará vuesa^a merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empené mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen^b donde más fuese servida. Quise resucitar la ya^c muerta andante
5 caballería, y há muchos días que, tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos: propio^d y natural oficio de
10 caballeros andantes; y, así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares^e si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo que yo soy D. Quijote de la
15 Mancha, por otro nombre llamado *el Caballero de la Triste Figura*; y, puesto que las propias^f alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga. Así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este^h escudo niⁱ escudero, ni todas juntas estas ar-
20 mas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago.»

Calló, en diciendo esto, D. Quijote, y el de lo Verde, según se tardaba en responderle, parecía que no acertaba á hacerlo; pero de
25 allí á buen espacio le dijo: « — Acertastes^j, señor caballero, á co-

a. ...dejará vuestra merced. MAI. =
b. ...me lleváste donde. TON. = c. ...la muerta. BR.₅. = d. ...proprio. BAR. =
e. ...mil, millares de veces, si. ARG._{1,2}, BENJ. = f. ...propias. BAR. = g. ...ca-

uallo esta. C.₄, BR.₄. = ...caballo esta. BR.₅, TON., BOW. = h. ...lanza, ni este escudero. GASP. = i. ...escudo, ni este escudero. ARG._{1,2}, BENJ. = j. ...Acertaste. TON. = ...acertasteis. MAI.

12. *Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares.* — Diez ediciones en lengua castellana se habían publicado ya cuando vió la primera luz esta segunda parte.

Si Sakespeare, que no conocía el castellano, leyó el *Quijote* en inglés, y si en vida del autor corria de molde una versión francesa, no serán acaso treinta mil (no se olvide que habla como novelista) los volúmenes hasta entonces impresos, pero si bastantes para probar que las repetidas ediciones de esta historia ofrecen, sin duda, por aquellos días, ejemplo único de la gran privanza que la obra de Cervantes alcanzó desde los comienzos de su aparición.

Véase á este propósito la muy extensa nota puesta en las pág. 70 á 72 de este mismo tomo.